

Fernando Diez de Medina

TRES LIBROS DE AMERICA

LEYENDA PATRIA

LOS escritores de América se debaten entre la servil imitación al humorismo decadente de Morand y Gómez de la Serna, y el pseudo-indigenismo que sólo es verdad, postura para el público. Falsos europeos y falsos autoctonistas, sus desafortunadas tentativas se quedan en el límite de la cabriola o en el estrecho marco del artificio novedoso.

¿Qué representa esta «Leyenda Patria» de Alberto Guillén, frente al trascendentalismo de nuestros ensayistas y a la gesticulación de nuestra poesía verbalista?

Difícil es decirlo. Tan apretada en jugos, tan rica en perspectivas es la narración, que por todos los ángulos desprende un zumo generoso y cordial.

Cuando nos vence la fatiga del conocimiento sistemático, cuando nos abrumba el tremendo peso del sedimento cultural, queremos romper las ligaduras de lo establecido y retornar a la limpia sencillez de las horas primitivas. Amamos, entonces, más que lo histórico de la vida, la vida de lo histórico, donde reside, en último término, el escondido espíritu del hombre. Tornar de lo complejo a lo sencillo;

he aquí el difícil secreto del reposo estético, hoy que la humanidad pugna por complicarlo todo.

Un amigo antes que un maestro. Un poeta antes que un sabio, para que nos hable con serena sencillez ese noble lenguaje de verdad que Rabindranath Tagore difunde por el mundo, desde el «asram» de Santiniketan.

Este poeta amigo es Alberto Guillén, que inscribe en el «granito azul de la fábula» el rasgo legendario de aquella tríade que forman los nombres de Colón, de Pizarro y de Bolívar. El milagro se ha producido. Con la frescura matinal de los viejos «fabliaux», con el firme acento de las antiguas leyendas heroicas, con la suave ternura, que Ravel pone en su música para acercarse al corazón joven de los hombres, nos llega esta «Leyenda Patria» que decora el cielo americano con luz de estrellas, porque luz de estrellas hay en el júbilo del niño que discurre por los senderos de la leyenda.

Antes que historia, antes que narración, aquí hay poesía. Hay, por consiguiente, creación, vida y movimiento, síntesis armoniosa que sorprendemos en el perfil de ala de la imagen o en la profunda cavidad del símbolo.

Una voz nueva resuena para los hombres desarticulados de América, enseñando el olvidado camino de la pretérita emoción. Su mensaje es provechoso, por humano; y noble, por verdadero. Y tiene la alta misión del leño oloroso que se quema en la hoguera, ebrio de darse por la vida, en el camino hacia la muerte.

EL MUELLE

He aquí una de las raras novelas específicamente americanas.

Salvo escasas excepciones, una invariable pseudo-

morfosis caracterizaba la tarea de los escritores americanos, que pretendían expresar con elementos ajenos la realidad de nuestra atmósfera. Esto es: que a través de un prisma perfectamente occidental, se buscaba traducir el espíritu que nos es propio. No había, pues, americanidad. Era simple vanidad literaria o disciplina cultural la que se venía exhibiendo, al intentar inútilmente darnos el alma criolla en moldes europeos.

«El Muelle» se aleja de los engañosos horizontes extranjeros, para aproximarnos la presencia inminente de nuestro auténtico ser.

A pesar de su motivo, que es certeramente regional—es el trópico mestizo que apunta Benjamín Carrión—el ambiente profundo de esta obra que ha escrito el ecuatoriano Alfredo Pareja y Díez Canseco, gana en extensión, se expande más allá del límite geográfico.

«El Muelle» más que la particular visión psicológica del litoral ecuatoriano, es toda la costa tropical del Pacífico; es el inmenso drama racial que crucifica el hombre americano entre la explotación inexorable del sajón y la codicia insaciable del criollo bestial y aburguesado. Angel Mariño es un personaje continental que lo encontramos en el Ecuador como en Bolivia, en Chile como en el Perú. Esa sociedad femenina tan distante de la infeliz servidumbre, que se describe con pincel maestro al narrar las desventuras de la pobre María del Socorro Ibáñez, es, en líneas generales, la clase patronil de casi todas las ciudades sudamericanas que aun no llegan a ser grandes urbes. Y si Juan Hidrovo es el cholo-marinero que rueda por los caminos del mar, ebrio de un destino mejor, no es menos universal la simpática figura de Tomás, el Tío, curtido por la experiencia y el conocimiento de los hombres.

Hay algo, en Pareja y Díez Canseco, que nos recuerda la técnica de Dickens: la tendencia moralizadora o compasiva, pueril o deliberada, que consiste en agrupar a un lado la virtud de los unos y al otro el vicio de los demás. Es decir, que el malo es demasiado malo y el bueno demasiado bueno, lo que resta valor de humanidad a las figuras. La tendencia revolucionaria, para justificar el sentimiento clasista, resalta acaso desmedidamente en el joven escritor.

Empero, queda la interpretación zahorí del infortunio mestizo. La tragedia silenciosa y amarga de su sino que—como en todos los tipos raciales de tránsito—circula por canales subterráneos, bajo la tierra señorada por las clases tradicionales. «El Muelle» es la pulpa vida de nuestra América, que aun se debate entre el colonialismo social y la miseria inorgánica de un feudalismo secular.

América ya tiene novelistas: Eustacio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes, Pareja y Díez Canseco. Pocos, pero febriles y sagaces constructores, que imprimen una fisonomía peculiar a la novela.

LA SIMA FECUNDA

Augusto Guzmán, boliviano, ha escrito este libro cuyo escenario está en el corazón del trópico americano.

«La Sima Fecunda» es una tentativa bien lograda de novela descriptiva, que dando primacía al paisaje, a la naturaleza física de fuera, toma como simple plano superpuesto el motivo psicológico o la incidencia de la trama.

Guzmán ha querido incorporar a nuestra literatura—y lo ha hecho con visible acierto—una de las zonas geográficas más interesantes de Bolivia: los

«yungas» tropicales de Cochabamba que son, ciertamente un fondo rico en sugerencias y pletórico de líneas para el observador sagaz.

Con un sentido eminentemente panteísta, que exalta la grandiosidad telúrica, el «yunga» cochabambino de este libro nos revela esa sima fecunda del medio tropical, tan opuesto al ambiente de la sierra andina, donde la lujuriosa animación vegetal, el prolífico crecimiento de la naturaleza, ahogan todo esfuerzo humano inundando las pupilas con sus paisajes exuberantes y atacando el cuerpo con sus mortíferas enfermedades. Lo trágico de esta naturaleza que aplasta y concluye por matar al hombre, está vivamente objetivado.

Guzmán describe con vívida emoción. Es este un ojo perspicaz que retiene fácilmente la realidad ambiente. Y hay como un soplo de «La Vorágine» en estas páginas, donde campea el drama implacable de la impotencia humana frente al trópico. El espíritu juvenil del novelista, no se doblega, sin embargo, ante el destino, su canción de optimismo, de creación fuerte y original, vibra en el lírico tributo a la «coca» que se ha filtrado desde la entrañas silvestres de la vega, hasta el corazón enloquecido de las civilizaciones que ya no marchan sin excitantes».

Los personajes centrales de la novela: selvas, ríos, montañas, árboles, sol, lluvia, polvo y otras manifestaciones naturales, están captados mediante original observación. Es una versión afortunada del paisaje americano, capaz de hincar su garra en el lector.

No es, sin embargo, la narración descriptiva, el clima geográfico, lo único meritorio de «La Sima Fecunda».

Un sencillo y dulce romance de amor pone su nota de ternura en el cálido aliento del libro. Acaso hay reminiscencias de la «María» de Jorge Isaacs, pero

el juego de los sentimientos es tan puro y tan espontáneo, que siempre encontraremos una virtud fragante y personal, en esta melancólica evocación del amor que se frustra...

Al ambiente rústico, primitivo y a veces íntimamente familiar de las poblaciones de nuestra campiña, Guzmán agrega toques de cultura irrenunciables.

El crítico apunta repetidamente, perfilándose en los juicios sobre obras literarias, en las citas y en los recuerdos de escritores conocidos. Los personajes humanos viven con el sentimiento en el paisaje que los sustenta; aspiran a realizarse por la razón, mediante el conjuro o la cercanía de elementos que les llegan de fuera; la evidencia occidental que se aproxima, en particular por acción del libro. Este conflicto del alma rural con la cultura europea, es el propio problema de nuestros escritores, típicamente representados por este joven escritor boliviano, que si tiene la emoción genuina de la tierra en el corazón, afirma su inteligencia con el acervo intelectual europeo. Diríamos que de América nos viene la vitalidad física; de Europa la educación espiritual.

Su estilo es sobrio, enérgico, lejos de la cuidadosa depuración, acusa más bien premura, descuido. Es el suyo un lenguaje a veces áspero, de fuerte objetividad, que traduce la realidad natural libre de artificios, del medio elegido. ¿No se decía de Sarmiento que justamente por el estilo descuidado, poco desbastado del «Facundo», reflejaba con fidelidad el espíritu original, primitivo, de naturaleza libre y desatada que distingue al verdadero americano del sur, o sea al que no es todavía un producto cosmopolita?

No obstante esa su cualidad esencial de irrupción franca y definida en la expresión verbal, el estilo de Guzmán se funde, otras veces, en una radiosa poesía,

que mediante claras y finas imágenes, revela una verdadera percepción de artistas.

Rebasando los linderos de la promesa, «La Sima Fecunda» afirma un vigoroso temperamento realista, de probado linaje estético.

La Paz (Bolivia) 1934.